

## EL MECENAS DON JUAN DE RIBERA

Un concepto equivocado, o al menos insuficiente, quizá de raíz materialista, ha hecho concebir hasta ahora la historia del arte sólo como una serie de "cosas" producidas; como un conjunto de biografías fecundas o, a lo sumo, como una evolución de la preferencia estética vista en sí misma, impulsora principalísima de los cambios de estilo. Esto último ya es mucho, mas no todo, pues junto a esta larga secuencia de obras inspiradas, magistrales algunas, y de sus creadores; junto a la misma historia del estilo en sí—considerado casi como un ser viviente— queda algo muy importante que registrar: la historia del mecenazgo, del fomento y de la sabia protección a las artes, sin los cuales no hubieran surgido las más de las obras, por falta de ambiente. Es más, ese valor tan sutil e inefable que es el gusto, como resultante estética de cada situación histórica, hubiera carecido de su más eficaz soporte. Aparte de lo ejemplar que sería tal muestrario de beneméritas generosidades con la belleza y sus intérpretes, sobre todo en nuestro tiempo, asaz pragmatista, y en ciertos ambientes por cuyo problemático exceso de espiritualismo no sentimos ninguna inquietud...

Por especial disposición divina con Valencia, en un momento decisivo de su historia, precisamente en la madurez del Renacimiento, un ilustre varón, cuya santidad se reconoce "urbi et orbi" por la única autoridad que puede hacerlo, vino a centrar en nuestra región, en su archidiócesis mejor dicho, el más ejemplar y abierto mecenazgo, sin prejuicios ni fronteras, tacañerías ni aprovechamientos. Don Juan de Ribera, Arzobispo de esta Sede metropolitana, Patriarca de Antioquía, y luego Virrey-Capitán General de Valencia, puede presentarse al mundo, antes, hoy y siempre, como el más acabado y cumplido protector de todas las artes.

Salta a la vista, por estar enclavado en el corazón de nuestra ciudad, el valor, como testimonio al efecto, de su Colegio y la inmediata Capilla del Corpus Christi, en orden a la dignidad y a la munificencia con que abordaba su fundador las empresas de arquitectura siempre sintomáticas para revelar generosidades. Un aliento, entre romano y escurialense, con resonancias de Brunelleschi y Rosellino, vivifica estos ámbitos nobilísimos del templo y del claustro maravilloso, aliento que fuera de ellos, no se encuentra en España sino en los establecimientos de la corona o en alguna obra catedralicia.

Otro tanto puede decirse del interés manifestado por el Patriarca, verdaderamente de gran señor renacentista, por las creaciones escultóricas: lo proclaman los bustos y otras piezas clásicas de su biblioteca; la estatua romana encontrada en las excavaciones para las obras de su casa religiosa, cuyo claustro presidió hasta 1898, y esa relación suya, tan rica en matices, con el gran escultor valenciano, casi desconocido, Juan Muñoz, único seguidor en estas tierras del arte

castellano de Gregorio Fernández, autor aquél del Cristo de la Fe, donado por el Patriarca al convento de Agustinos descalzos de Santa Mónica, hoy parroquia de esta titular, y su estima, bien probada, de la imagen, en gran tamaño, del



Grabado de Fabregat según el óleo de Ribalta

Cristo de la Cruz, cuya cabeza había sido ultrajada en tierra de herejes y le enviara su sobrina doña Margarita de Cardona y hoy preside por designio del Fundador el altar principal del templo, oculta las más de las veces por la magna Cena de Ribalta. El Cristo yacente encargado a Gaspar Giner, para el Santo Entierro, y la Inmaculada de la Capilla del Monumento, de Gregorio Fernández,



o de su citado fidelísimo discípulo valenciano Juan Muñoz, confirman esta estima del arte escultórico, siempre dentro del sentido de intuición sagaz, acierto crítico y amplitud de gusto estético que preside todo el mecenazgo multiforme de Don Juan de Ribera.

No podemos sino aludir al capítulo interminable de las artes aplicadas, a todo cuyo repertorio, desde la cerámica a la orfebrería y desde la taracea al tejido y al bordado, alcanza su protección decidida; y a cómo la música logra, a su sombra y en su fundación, singularísimo brillo, por todos aceptado tanto en la calidad y pureza litúrgica de las composiciones, en buena parte hechas en la Casa y para ella, como en el decoro de su interpretación y acompañamiento, minuciosa y pródicamente previsto por el Arzobispo Virrey. Por ello, concentraremos la atención en el arte, singular y mágico, de la pintura, donde se acredita, a no dudarlo, mejor que en nada, la intensidad de aquel favor y, sobre todo, la amplitud de criterio con que fue dispensado; lección viva, hoy aún y quizás más que nunca, de eclecticismo y selección, de tolerancia estética y flexibilidad de gusto. Baste recordar cómo al Patriarca complacen, no igualmente sin duda, pero de modo equivalente, al menos en sus motivos para la protección, los neerlandeses Dyrk Bouts, Van der Weyden y Gossaert, el famoso "Mabuse", de concentrada expresión realista; los platónicos renacentistas romanizantes, como ambos Macips, San Leocadio o Yáñez de la Almedina; el entonces novísimo Caravaggio que acababa de revolucionar la historia del arte con una nueva fórmula de convivencia entre la luz y las sombras, y el espectral Greco, tan difícil de comprender entonces, como siempre de clasificar; la noble majestad, también llena de novedades tenebristas y de antigua artesanía pictórica vernácula, de los Ribalta, y la pompa retórica de los fresquistas murales, como los conquenses Bartolomé y Francisco Matarana, o los valencianos Tomás Hernández y Gaspar Requena; el anecdotismo—que la buena técnica justifica—de Orrente y la síntesis cortesana, entre romanista y tenebrosa, de Navarrete el Mudo, junto a la "maniera", transida de medievalismo retardatario, de Luis de Morales.

¿Para qué más nombres? La distancia que va de unos a otros, es tanta que habría que acudir, para hallar parangón posible (¡qué lejos, luego, de esto, el siglo XVIII, el XIX y aún nuestro XX!) a otra amplitud semejante y contemporánea, la de su amigo y proponente para la mitra de Valencia, nuestro señor don Felipe el segundo, coleccionista de veronoses y ticianos, de weydens y de boscos junto a pantojas y coellos; o, quizás, a la de su real bisabuela doña Isabel la Católica, adquirente denodada y guardadora celosísima, para su Capilla Real de Granada, de boticellis y primitivos flamencos, junto a los cuadros de Chacón o Pedro Berruguete, pintores de Castilla.

Pues no está el mérito sólo en la intensidad o en la vehemencia de la ayuda generosa, sino en esa aceptación—que tiene tanto de la virtud cardinal de la prudencia como de la teologal de la caridad—de unos y otros géneros; de unas y otras tendencias, más o menos en boga, y en comprender, al menos abriéndoles un crédito, todas las novedades—el tenebrismo lo era entonces tanto como hoy puedan serlo la abstracción o los "fauves"—sin aferrarse al camino trillado de lo tradicional, por bueno que sea, ya que si en la gloria de Dios hay muchas moradas y los caminos para llegar a El son innumerables, las fórmulas artísticas auténticas y válidas para interpretar la Belleza increada, y rendirla homenaje.

no se agotan afortunadamente con el repertorio histórico-artístico de los estilos consagrados.

Buscando evangélicamente el reino de Dios y su justicia, nuestro San Juan de Ribera se encontró con una maravillosa añadidura: esa gloria humana inmarcesible de gran valedor de todas las artes.

*Felipe Maria Garin*

(Publicado en el diario «Las Provincias» el día de la canonización.)